

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

consagrado à la

VÍRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm 527

Alicante 8 de Enero de 1881

Año XII.

LA LECTURA DE LAS NOVELAS

produce en nosotros el disgusto de la vida positiva y práctica.

No digais, para justificar vuestra imprudencia, que teneis tiempo desocupado, que en algo habeis de invertir; momentos ociosos que con algo habeis de distraer. Porque si yo no creyese herir vuestra flaqueza, os responderia con un santo Obispo, que un cristiano no tiene tiempo desocupado mientras haya un pobre que socorrer, un desgraciado que consolar, una buena accion que ejecutar, y que el verdadero cristiano encuentra en el ejercicio de la caridad su mas dulce entretenimiento. Todas las desgracias pintadas en las novelas, son nada ante el espectáculo de las que se nos presentan todos los dias á nuestros ojos.

El hospital mas insignificante ins-

pira mas piedad y terror que todas las novelas del mundo. Si necesitais emociones, sin duda alguna encontrareis las mas dulces y las mas vivas en el cumplimiento de los sagrados deberes de la caridad. ¡Qué espectáculo mas delicioso para un alma sensible ver que un anciano decrepito reanima su vejez cuando le servimos de apoyo, ó recibir las caricias y las lágrimas de reconocimiento con que el huérfano abandonado humedece nuestras manos al emplearlas en socorro suyo! Por otra parte, si quereis cumplir con vuestros deberes y responder á los llamamientos de Dios, muy reducido será el tiempo que os quede libre. En efecto, ¡qué momentos desocupados puede tener la madre cristiana que ha de consagrarse toda entera al cuidado de su casa y de sus hijos! ¡Qué tiempo puede quedar libre al jóven que de orar, ha de trabajar, ha de estudiar y practicar la virtud y la

gion! Si teneis tiempo para leer, leed buenos libros, que formen vuestro corazon y os hagan mejores y mas felices.

No olvideis el valor del tiempo y la cuenta rigurosa que de él teneis que dar á Dios que os le ha dado como un talento del que os debeis aprovechar, empleándole en el estudio de vuestras necesidades, en la reforma de vuestras costumbres, en los deberes de vuestro estado, en la adquisicion de virtudes y en obras de piedad y misericordia.

Madres cristianas que habeis tomado á María por vuestra patrona y vuestro modelo, extinguid en vuestras casas esta peste doméstica, arrancad de manos de vuestros hijos y criados estos libros emponzoñados.

La profesion y la circulacion de la novela es una cosa que lastima y que espanta á todo hombre de bien.

Mirad en los muestrarios de las librerías y en los veladores de los salones, en los gabinetes literarios, en todas partes la novela. La gran señora entretiene con ella su ociosidad, el pobre artesano le sacrifica mas de una vez sus horas de trabajo, el hombre de negocios con ella se distrae, la jóven la obtiene como una recompensa, y el estudiante pierde con ella la aplicacion al estudio, su inocencia, su porvenir y hasta su salud.

La novela se multiplica y se extiende hasta las casas mas modes-

tas; se inserta en las revistas, en los periódicos, y hasta en los calendarios. Cada dia veinte ó treinta mil repartidores llevan á quinientos ó seiscientos mil lectores una entrega de novela donde se desarrollan intrigas apasionadas ó se describen escenas voluptuosas.

Puesta sin precaucion alguna en la mesa paterna, el criado y el niño mismo pueden satisfacer en ella su curiosidad, como lo hacen con demasiada frecuencia. ¡Qué disolvente mas temible que esta vasta propaganda de lecturas novelescas! ¡Qué manantial para los esposos de crueles impotencias y de profundas pesadumbres! Redoblad la vigilancia á medida que el génio del mal facilita y multiplica los medios de seducion; estableced una vigilancia esquisita en vuestras casas para evitar que entren en ella libros sospechosos y prohibidos.

Escudriñad vuestras bibliotecas con un minucioso exámen, y arrojad de ellas todos los libros licenciosos; evitad el introducir en vuestras casas libros funestos á vuestros hijos, esos periódicos que publican novelas en sus folletines, más peligrosas aún que las demás, porque dan el veneno en pequeñas dosis, y sostienen en el alma y el corazon una fiebre continua y mortal.

Antes de entregar á vuestros hijos un libro cualquiera, leedle vosotros mismos si teneis tiempo, si te-

neis aptitud para juzgarlo; si os falta el uno ó la otra, consultad con personas entendidas, porque en ello va la fé y la felicidad de vuestros hijos de las que Dios os ha de pedir un dia estrecha cuenta.

No terminaremos este capítulo tan importante, sin reproducir algunas reglas dadas por un juicioso escritor para apreciar el valor moral de los libros.

Regla primera. Tened por cierto que un libro es malo y peligroso cuando os presenta interesantes y agradables situaciones cuyo resultado es una debilidad, una falta, ó cuando os refiere hechos ó palabras que no querriais presenciar ni oír.

Regla segunda. Rechazad como peligrosa toda obra que tienda á exaltar la imaginacion. Esta facultad del alma no necesita ser fortificada; se debe por el contrario regularla, contenerla y rechazar todo lo que pudiera darla una actividad que no dejaría de dañar á los demás.

Regla tercera. Si quereis juzgar bien el mérito de un libro, consultad con vosotros mismos si querriais tener á su autor por padre ó director. «Cuando una lectura, dice la Bruyère, eleva vuestra alma y os inspira sentimientos nobles y generosos, tened por cierto que la obra es buena.

J. J. Rousseau, en un momento de sinceridad nos da esta otra regla: «Sondead las disposiciones que deja

en vuestra alma. ¿Qué clase de bondad puede tener un libro que no sabe inspirarla á sus lectores?» (Tomo IV, pág. 142)

LA PRINCESA LESLIA.

I.

Corria el año 1547, y el famoso conquistador Pedro Valdivia se enseñoreaba con sus soberbios castellanos de las tierras más feroces de Chile. La sangrienta batalla de Puren obligó á los indomables araucanos á replegarse sobre la orilla izquierda del rio Maule, despues de haber dejado en poder de las huestes conquistadoras multitud de prisioneros, que aquel capitan español mandó retener cuidadosamente en la célebre Villa Imperial.

Entre los indígenas cautivos había una jóven de rara hermosura, llamada Leslia, á quien sus compañeros de infortunio denominaban princesa.

Leslia era hija del último rey araucano, que murió combatiendo á los enemigos de su patria.

Dos años despues de los hechos que estamos narrando, la suerte de las armas hubo de ser favorable á los caudillos Lantaro y Tucapel; pues vióseles solicitar ya la libertad de los prisioneros que existían en la

Imperial ofreciendo en cambio cien soldados del tercio de Fernan Antunez, cogidos en una emboscada que les tendieran los infatigables indios, tan ensalzados por el insigne poeta Ercilla.

Hecho el canje indicado, tornaron á sus hogares los prisioneros araucanos.

Leslia logró recobrar su libertad y con ella la dicha de respirar las auras embalsamadas por los magníficos árboles que cubrian el valle de Talca.

II.

En aquel tiempo estaba vacante el trono de Arauco.

El bravo Caupolican gobernaba el país, investido de facultades extraordinarias que el Consejo de los Ancianos le habian concedido, mientras se procedia al nombramiento popular de un monarca.

Habíase estipulado una tregua entre los que, defendian su independencia y los que intentaban sujetar á Chile al dominio del muy alto y poderoso Felipe II.

Un dia hubo festejos en el campo araucano en celebridad de algunos triunfos parciales.

Lucian sus galas muchos guerreros, y ostentaban sus encantos varias doncellas pertenecientes á la nobleza.

Leslia estaba allí cautivando á to-

dos con su natural donaire y distinguida modestia.

Al verla tan bella, tan interesante, Lopal, hijo de Caupolican, quedó tan ciegamente enamorado de aquella vírgen, que resolvió tomarla por esposa.

Acercóse á la jóven el apasionado Lopal, y poniendo á sus pies un ramo de flores, hízole sentida declaracion de amor con el ánimo de obtener lícita recompensa á sus honestos deseos.

Leslia, llena de rubor, rehusó el obsequio y la demanda del hombre que ansiaba hacerla su esposa.

Pasaron algunos dias y Lopal volvió á insistir, en su afan de captarse la estimacion de Leslia. Todo fué inútil: ruegos, promesas, amenazas, solo consiguieron realizar el espíritu superior de aquella jóven extraordinaria.

—¡Huye de mí!.....—díjole;—¡no te empeñes en aspirar á la mano de una mujer que ha hecho voto de ser esposa de un Dios Divino é Inmortal, único Señor del Universo y que prodiga sus inmensos beneficios á las criaturas humanas!

La firme resolucion de Leslia exaltó la pasion de Lopal.

El desdichado jóven cayó enfermo y sin esperanzas de aliviar los pesares que devoraban su existencia.

Caupolican, que amaba á su hijo con ternura, intentó interponer los prestigios de su alto puesto para ob-

tener la aquiescencia de Leslia. Al efecto la hizo permanecer á su vista y le habló en estos términos:

«Mi hijo te ama y aspira á que le concedas tu mano. Apruebo su eleccion, y no puedo persuadirme que rehuses una propuesta digna del esplendor de tu raza. Muy pronto la victoria coronará mis sienes y seré rey como lo fué tu padre.»

Entonces Leslia, á quien el cielo habia dotado de una discrecion distinguida, dijo:

«Conozco la merced que me quieres conceder; pero no puedo aceptarla. Durante mi cautiverio, un Dios verdadero ha iluminado mi entendimiento, ha fortalecido mi alma y me ha consagrado á su servicio. Los monjes que en el campo castellano adoran á ese Dios grande, consiguieron enseñarme el camino que conduce á la salvacion eterna.»

Caupolican, pálido de furor, repuso.

«¿Reniegas de nuestros dioses para seguir el culto de los inícuos extranjeros que invaden nuestro suelo? Reflexiona bien lo que desprecias: ¿quieres pertenecer á mi familia?»

«Declaro,—dijo Leslia,—que no admitiré jamás á otro esposo que al Dios de los cristianos. Abomino los ídolos monstruosos que venera mi pueblo, y aunque me viera amenazada de tu cólera y de los mayores peligros, no desistiré del propósito que me anima, viviendo y muriendo

al amparo del que sufrió en una cruz para redimir los pecados de la humanidad.»

Caupolican rugia como un leon. El soberbio cacique hizo una señal y entonces cuatro robustos indios se apoderaron de la casta virgen para oprimirla con el peso de enormes cadenas.

Mantúvose serena Leslia en medio de aquel aparato de violencia, sin lanzar un solo gemido.

Por mandato de Caupolican llevaron á la jóven al templo de los titulados dioses del pueblo de Arauco, obligándola á que les ofreciese sacrificios, cuyo acto solo sirvió para aumentar su fé, confesando en público su firme conviccion cristiana.

Escandalizados los sacerdotes del templo, pidieron la muerte de Leslia.

El populacho clamaba en tumulto, exigiendo un pronto castigo.

Ciego de coraje Caupolican al ver la constancia de Leslia, dispuso que inmediatamente fuera llevada al suplicio.

III.

Una grande hoguera encendida en el campo de los *añuchis* (1), alumbraba, en la noche del 27 de Julio de 1557, el rostro fatídico de los numerosos indios fanáticos que allí se ha-

(1) Ajusticiados.

bían reunido para presenciar la ejecución de Leslia.

Al compas de una música salvaje, y rodeada de vários sayones, marchaba al término de su vida aquella criatura, inspirada por el Dios verdadero.

Caupolican estaba allí deseoso de ver cumplidas sus órdenes terribles.

Cuando Leslia llegó junto á la hoguera sonrió dulcemente é hizo señal con las manos encadenadas indicando que la dejaran hablar.

Calló la música y muchos indios pidieron á gritos que se concediese permiso para escuchar los acentos de la mujer que iba á morir.

El indómito cacique accedió á la demanda del pueblo.

Leslia, aprovechando un momento de silencio, con voz clara y sin demostrar desaliento, se expresó de esta manera:

«Escucha, Caupolican; serás vencido y muerto violentamente; tienes tiempo aún de arrepentirte, reconociendo la fé religiosa, que hoy me conduce á la gloria eterna. Chile quedará sujeto al dominio de las armas castellanas, y en cambio recibirá la luz del Evangelio. Dios alienta mi constancia. Prefiero la muerte á la ignominia de vivir envuelta en las tinieblas de la idolatria. Aguardo resignada mi martirio, que debe abrirme las puertas del cielo.»

Dicho esto, oyéronse algunas vo-

ces que decían: ¡*guarmi amuchata!* (1).

Los sacerdotes, cual perros rabiosos, solicitaban la inmediata ejecución de la *impia*.

La suerte de Leslia estaba pendiente de los labios de Caupolican.

Todos aguardaban impacientes la resolución de aquel caudillo temible.

Cuando el tumulto se hubo apaciguado, levantóse Caupolican del asiento que ocupaba, y dijo: ¡*alansla!* (2).

Dos hombres se apoderaron de la jóven y la arrojaron al fuego.

Un grito general, lanzado por los espectadores, completó el terror de aquella escena.

Vióse á la pobre Leslia, en medio de las llamas, mover convulsivamente los lábios.

Sin duda oraba pidiendo á Dios el perdón de sus verdugos.

Despues... ¡nada!... ¡Su espíritu volaba al empíreo celeste!...

Apenas se habia consumado el crimen funesto, un ruido sordo, espantoso, resonó en todo el valle de Talca.

La tierra oscilaba abriéndose en anchas y profundas grietas.

El *Aconcagua*, volcán gigantesco, vomitaba rios de lava sembrando el luto y la muerte.

(1) ¡Muera esa mujer!

(2) ¡A la hoguera!

Diríase que Dios, encolerizado, quería castigar á los salvajes que martirizaron á Leslia.

Talca desapareció con todos sus habitantes.

Caupolican logró salvarse en la aspereza de los Andes, pero muy pronto cayó en poder de los soldados de Valdivia.

El feroz caudillo de los araucanos murió arcabuceado por haber ordenado la muerte de cuatro prisioneros españoles á quienes ofreciera solamente respetar sus vidas.

IV.

En la iglesia de los PP. Agustinos de Talcahuano existe aún un sepulcro, cuya lápida tiene grabada la inscripcion siguiente:

Aquí descansan las cenizas de la princesa Leslia, primera india cristiana de la tribu de Arauco. Fué martirizada por mandato del gentil Caupolican. Año de 1557.

La tradicion dice que los buenos PP. Agustinos recogieron las cenizas de aquella pobre víctima al dia siguiente de su suplicio.

Veinte años despues de los sucesos que hemos referido, murió en el convento que guardaba los restos de Leslia un monje consagrado á las prácticas de la virtud cristiana.

Aquel monje era Lopal, convertido á la religion que profesó su amada, cuya tumba habia regado con abundantes lágrimas.

Tales en resumen, la leyenda histórica que se refiere á la princesa Leslia, consignada en un manuscrito de aquella época, que hemos leído detenidamente para coordinar el relato de los méritos y fervor católico de aquella insigne mujer.

Camilo E. Estruch.

MOSAICO.

Dice *La Fé*:

«La situacion de Francia que tanto puede influir sobre la de Europa, es inmejorable.

El órgano de Gambetta, *La République Française*, pide con toda urgencia la disolucion de los círculos de obreros católicos, noticia que adelantó por telégrafo nuestro corresponsal de París. Pero, ¿cómo pide eso? Oigamos:

«Las obras católicas obreras son viveros de clericales activos, que son los que han intervenido en todos los motines y disturbios promovidos cuando la referida disolucion.

En Angers, en el Maus, en Autun, son esas obras las que han dado las masas revoltosas y rebeldes agrupadas en defensa de los conventos.

Noventa y siete ciudades de Francia cuentan con obras de esta clase. El comité director que las une y las ha creado, redacta el *Boletín de la Union*; han celebrado un Congreso,

han organizado un verdadero ejército, cuyo Estado Mayor se compone de sacerdotes, de profesores de las Universidades libres, de militares y de hidalgos de provincias que no abandonan sus ridículas pretensiones.

Todas estas obras fueron creadas por disposiciones de los prefectos del 16 de Mayo: «Basta que el Gobierno invite á los prefectos á anular estas autorizaciones de sus predecesores. La seguridad pública ganará con esto, y los brazos obreros, arrastrados por esas avispa falaces, no perderán nada.»

El mejor comentario al artículo del órgano de Gambetta, es esta noticia:

Rocheftort y Olivier Pain han iniciado la erección de un monumento en honor de los comunistas que perecieron en París en 1871.

Cuando se persigue como á fieras á los católicos, de los que se han de sacar los rehenes futuros, natural es que se permita levantar monumentos á los asesinos supervivientes de los rehenes que ya han comparecido ante la presencia de Dios.

Así se cumple la ley de los contrastes, única que respetan los republicanos franceses.»

CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En la Colegial, á las ocho, misa de renovación.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve y cuarto, misa conventual.

En Santa María, á las nueve, misa mayor.

Martes.—En las Agustinas, á las tres y media, Trisagio.

En las Capuchinas, á las cuatro Trisagio.



LA SEÑORA

DOÑA ENRIQUETA SHELLEY

DE MINGOT,

falleció el día 8 de Enero de 1880.

R. I. P.

Todas las Misas que se celebren en el día de hoy hasta las diez de la mañana en el altar mayor, en el de San Nicolás y en el de las Almas, en la Colegiata, serán aplicadas en sufragio del alma de la finada. Su esposo, hijos, hermanos y demás parientes, ruegan en caridad á sus amigos la encomienden á Dios.

Alicante 8 de Enero de 1881.

ALICANTE:

Imprenta de Antonio Seva,
plaza del Progreso, n.º 5.